

Una muy gastada imagen es la de comparar una piel femenina con una piel frutal. Poco, pues, parece que podría conseguirse utilizando esta comparación, tan grata a los modernistas.

En un poema en prosa de Rubén Darío se lee: «Y ya había yo con mis besos probado otros frutos deliciosos aromados del sol que fecunda aquellas tierras fuertes: Tus cabellos que tenían el perfume del oscuro almíbar del «carao» y al cual acudirían las abejas y las avispas; tus ojos, que eran como dos frutos misteriosos y de encanto, del jardín de tu alma; tus orejas, aromadas como las manzanas rosas; tu boca, suave, perfumada y dulce como el algodón de la «guaba» en la que hubieran dejado caer una gota de esencia de oriente»²².

La sensualidad—teñida de exotismo en estas líneas de Rubén—del constante comparar unos encantos femeninos con ciertas delicias frutales, va a ser una de las más características notas del lenguaje metafórico de Miró.

En *Dentro del mercado* encontramos una de estas comparaciones, poco original y hecha con los tópicos al uso:

La mirada del esposo descendió acariciando las mejillas femeninas, en cuyo suave contorno se hacía un finísimo y diminuto temblor de oro de luz en la pelusa de fruta de su piel, que iba apagándose en la garganta, donde la carne se fundía con blancura de almendra (Pág. 257).

Lo que apenas es topiquera insinuación frutal en este pasaje, va a convertirse en constante y trabajadísimo artificio expresivo del prosista. En *Las cerezas del cementerio*, la sensual comparación sigue teniendo un aire modernista, a tono con el de toda la novela:

la hermosa señora, fragante de primavera, pareciéndole recién salida de un baño de zumos de frutas, de flores, de pámpanos y espigas en ciernes, de acacias y árbol de Paraíso; su carne y su alma daban la sensación y la fragancia de la fruta en agraz. Beatriz era la fruta dorada que destila la primera lágrima de su miel (Págs. 287-288).

